

LA DOCENCIA EN PANDEMIA A TRAVÉS DEL CRISTAL. MISIÓN DEL DOCENTE ANTE EL NUEVO HORIZONTE

Teaching in pandemic through the glass. Teacher's mission to the new horizon

PILAR ÚCAR-VENTURA¹

RESUMEN

La autora nos expresa sus vivencias como docente atrapada por la pandemia COVID-19 y obligada a la enseñanza remota; y, además, coincidentemente, al hecho de padecer de una enfermedad hematológica que agravó su confinamiento.

Palabras claves: pandemia, COVID-19, docencia, trabajo remoto, enfermedad.

ABSTRACT

The author expresses her experiences as a teacher trapped by the COVID-19 pandemic and forced into remote teaching; and, moreover, coincidentally, to the fact that she suffered from a haematological disease that aggravated his confinement.

Keywords: pandemic, COVID-19, teaching, remote work, disease.

Aludiendo al mensaje de los clásicos: *docere et monere*, nuestro objetivo consiste en transmitir el deseo de enseñar y de advertir. Advertir con el sentido

Dedicado al Dr. Carlos de Miguel, hematólogo del Hospital Puerta de Hierro, por cuidarme día a día durante estos meses con el anhelo de mirar a un futuro prometedor y lleno de esperanza.



Composición de Oscar Pamo

de prevenir, de anticipar... que unidos a la prudencia y buen hacer se constituyen en cualidades básicas del docente en unos momentos muy especiales de pandemia en los que los profesores y profesoras debemos afrontar con actitud decidida, sin vacilar en nuestra misión, convencidos de que a pesar de su complejidad no podemos rendirnos ante el horizonte que nos espera.

¹ Doctora en ciencias de la educación, licenciada en filología hispánica y diplomada en filología francesa. Especialista en metodología y análisis del discurso. Autora de publicaciones sobre traducción y editóloga literaria, investiga en mitocrítica cultural y coordina el proyecto Violencia y Magia en el cuento infantil.

Se trata de seguir con nuestra actividad profesional, cada uno en su puesto, pero, eso sí, sometidos a los parámetros que marca el devenir que estamos padeciendo.

Espero, si no dar color a mis palabras, sí dotarlas de calor humano y profesional y sobre todo seguir el consejo de los expertos sanitarios, que abogan por la conveniencia de no aburrirles en tiempo de pandemia.

Más que nunca estamos necesitados, ávidos de pautas y consignas que garanticen la solvencia y el éxito de nuestro quehacer docente.

Deseamos no incurrir en ningún error, dar lo mejor de nosotros, evitar la confusión y esclarecer dudas e inquietudes, y para ello buscamos referentes y modelos. Apoyo y ayuda, en definitiva; pues bien, de lo que se va a tratar es de eso, de modos y maneras de operar y actuar, de ejercer nuestro oficio, en nuestro día a día como profesores.

Verán, se habla de enseñanza, pero no podemos olvidar el binomio de la expresión enseñanza-aprendizaje: dos caras de una misma moneda que nos compete a docentes y discentes.

No se puede dar la enseñanza si no va dirigida a un aprendizaje, medido y evaluado, contrastado y riguroso; además, el aprendizaje necesita creatividad y eficacia, decisión y constancia, sin lugar a dudas.

Pero no perdamos de vista la óptica que se plantea: «enseñanza remota»; si acudimos al *Diccionario de la lengua española*, encontramos que las definiciones que nos aporta son algo que está muy lejos o muy apartado en el tiempo o en el espacio, por un lado y, por otro, algo que es muy difícil o poco probable que suceda en la realidad.

Pues bien, si tenemos en cuenta la expresión inglesa *Remote education*, encontramos que una traducción plausible es educación a distancia. Quizá estemos apartados en el espacio, pero no tanto en el tiempo. Aquí voy a traer a colación un ejemplo real y personal que atañe a mi hijo Ojer y a su profesora de Derecho Constitucional.

Pues bien, mi hijo estudia en la Universidad Comillas segundo curso del doble grado en Derecho y Relaciones Internacionales.

Durante la primera ola del coronavirus, la enseñanza fue *on line*. Y él se encerraba en su cuarto, enchufado, conectado al ordenador y mirando atentamente la pantalla. Y sobre todo a lo que salía de la pantalla. Yo, madre vigilante, pegaba la oreja a su puerta y escuchaba una voz que se me hacía conocida, incluso amiga: era la profesora María Isabel Álvarez Vélez. Me animé a llamar a la puerta y entrar en la habitación ocupada por mi hijo. Me encantó seguir las explicaciones que iba dando a un estudiante y a otros tantos, desde su casa a través de la técnica. Mi hijo tomaba apuntes y sonreía y yo, satisfecha de lo que oía, salí tranquila de la habitación.

Observé cómo nos habíamos «acomodado» a la pandemia, a lo que exigía de nosotros. Quedarnos confinados en casa, con los medios a nuestro alcance y seguir. Seguir enseñando para aprender.

Claro que existen desventajas, no podemos ser tan ingenuos de creer que hemos encontrado la panacea a los problemas subvenidos de estos momentos dramáticos.

Por lo tanto, creatividad e imaginación para no sucumbir a las acepciones tan agoreras del *Diccionario de la lengua española*.

Y necesitamos estrategias de enseñanza remota en la universidad. Ese es nuestro lugar de trabajo: la universidad. Nos desplazamos al campus, a la sede en la que impartimos nuestras clases, llegamos al aula y allí nos encontramos en persona con nuestros alumnos. Enseñanza presencial, *in praesentia*.

Pues bien, eso era hasta hace unos meses. Llegó el confinamiento y se cerraron las aulas y sufrimos un pasmo, un colapso que se resumía en una pregunta acuciante: y ahora, ¿qué?

Pues ahora a seguir remando a pesar del oleaje, remar contra viento y marea.

Y hemos aprendido esa nueva terminología de «docencia bimodal simultánea».

Les diré algo: me estoy dirigiendo por ahora desde la perspectiva del profesor, pero me consta que los alumnos han ido a nuestro paso y han llevado el compás sin perder el ritmo. Contamos con su facilidad inductiva para el manejo de las redes y esta enseñanza la han incorporado de manera fluida y sin estragos a su formación cotidiana.

Ya les he comentado la situación de mi hijo durante los últimos meses del curso pasado y ahora él asiste durante este curso recibe «docencia bimodal simultánea».

Él y sus compañeros comparten aula en presencia y en la distancia espacial, por eso de lo remoto, que decíamos líneas arriba, pero siempre cercanos a través del cristal: comparten pantalla, opiniones, preguntas, dudas, chats que el profesor recibe y contesta.

Y en esas sesiones ocurre de todo, o de casi todo: desde un debate, hasta una presentación en Power Point, una discusión después de ver un vídeo o una conexión a YouTube.

¿Y qué decir de las evaluaciones y los exámenes?

También *on line*. Organizar el horario, el control y estar preparado para posibles incidencias... Todo eso exigió un rigor digno de un profesor avezado en la materia y en la técnica.

Ahí se demostró la validez del equipo, la importancia del grupo cohesionado.

Nos vimos invadidos por cursos y sesiones de formación que apoyaban lo que ya veníamos practicando en el aula pero ahora en el contexto doméstico, confinados. Buscamos un habitáculo donde preparar las clases y «acudir» en remoto a las propuestas educativas que nos ayudaban y nos daban sustento: los formadores de los formadores nos abastecían de nutrientes necesarios día a día para cumplir objetivos.

Avancemos: somos profesores, claro que sí, y personas. Profesores que formamos a personas. Y lo hacemos desde el convencimiento del compromiso humano y social. Desde la solidaridad y la responsabilidad.

Deseamos generaciones capaces de mostrar generosidad y compasión: lo decía san Ignacio de Loyola y lo parafraseo haciendo mías sus palabras: la generosidad hace inteligentes a las personas. Solo la generosidad es propia de los seres inteligentes.

El reto que nos plantea la pandemia trasciende la docencia, va más allá de lo profesional. En ningún caso disociamos nuestra condición de personas.

Parece que la pandemia nos exige ese tipo de educación frente a la presencial, *in praesentia*. Pero, cuidado, no nos dejemos engañar: sí, estamos presentes, ya lo creo, aunque sea por «control remoto». En parte se cumplen las

acepciones que nos suministra el *Diccionario de la lengua española*.

El título de mi conferencia responde a la importancia del cristal. Ese cristal, puerta y puente para ver y observar, enseñar y aprender; en definitiva, aliviar y facilitar nuestra calidad de vida.

Somos conscientes de que en toda profesión hace falta un equilibrio; la descompensación de elementos no favorece el desarrollo de un proceso educativo ensamblado en tiempos difíciles que nada tienen que ver con una crónica rosa.

La posibilidad de poder conectarnos a través del «cristal» del ordenador, del móvil nos ha favorecido las relaciones, la interacción personal y colectiva. Nos hemos hecho protagonistas de un prodigio en nuestras relaciones profesionales y personales.

Les quiero advertir que mis palabras adoptan ahora un sesgo muy personal, casi intransferible y digo «casi» porque existe cierto parangón entre el 8 de noviembre pasado y el 14 de marzo del presente año.

Aquel 8 de noviembre me diagnosticaron en el Hospital Puerta de Hierro leucemia aguda y a partir de ese momento, tras el zarpazo vital, sentí que mi vida se paralizaba.

Tout à coup, así, sin más ni más, de repente y sin quererlo, los hematólogos me confinaron en la tercera planta del hospital con todas las medidas de asepsia y aislamiento propias de una cápsula espacial.

A partir de este día, el cristal de la ventana de mi habitación fue mi conexión con el mundo exterior.

¿Por qué les cuento esto?

Tiene un sentido. El 14 de marzo se decretó en España el estado de alarma y les aseguro que mis compatriotas se formularon la misma pregunta que yo unos meses antes: Y ahora, ¿qué?

De nuevo ese interrogante al que he aludido con anterioridad, golpeteaba como un zumba zumba en nuestras mentes.

Todos confinados en nuestras cosas. Todos. En nuestras casas. Y eso ¿qué significa? Todos sentimos un parón abrupto en nuestras vidas. Somos pueblos mediterráneos, de puertas afuera, vivimos en la calle y nos comunicamos y nos relacionamos en el exterior. Hacemos del espacio libre nuestro espacio común.

Igual que los profesores íbamos a nuestras aulas, ahora nos veíamos sometidos a una clausura monacal. De nuevo, el cristal.

El de la pantalla del televisor transmitía noticias, consignas, estrategias, ideas...un batiburrillo en mezcla que se nos acumulaba y nos aturdiría, que casi nos paralizaba la acción. La importancia del *casi*.

Fue un batacazo en toda regla.

Y para nuestros alumnos, también. Para tantos jóvenes que no podían adivinar ese final de curso: estaban en juego fechas importantes, las vacaciones de Semana Santa, ferias y fiestas... ¿La vuelta a las aulas era posible para hacer los exámenes?, ¿para ver a los compañeros?, ¿para entregar los trabajos?, ¿resolver dudas y acabar el temario?

Todo un barullo de inquietudes que se apelmazaban en las redes lanzando mensajes, llamadas de contenidos, fotos, imágenes y

vídeos que a través del cristal de las pantallas nos intercambiábamos: estábamos creando una red de sintonía en común, en un trajín irreprimible, incontenido.

Pero no nos podíamos perder en la marabunta ni en la hojarasca que nos colapsaba, había que seguir, avanzar con pie firme, no podíamos permitir que se nos cayera encima el armazón del edificio.

Pensar, organizar y decidir cómo hacer frente a este inusitado viraje del acontecer cotidiano del que algunas voces premonitorias daban avisos meses antes.

¿Nos pilló la pandemia con el pie cambiado? Nos atropella y nos embiste como un animal al que enjaulado se le da rienda suelta.

¿Qué ha aprendido la humanidad? ¿Y cada uno de nosotros?

Imagínense la labor de reflexión personal y profesional que hicimos, que estamos haciendo. Todos nosotros, ustedes y nosotros. Ya he mencionado la relevancia de la técnica: no se trataba de cosmetología. Nuestro día a día estaba muy fundamentado en la solidaridad, en desgranar y superar la adversidad general y particular.

Como hemos dicho, nuevos retos nos ponían a prueba: de la lección magistral pasamos a magistralidad de las lecciones. Fuimos, somos auténticos maestros en el más estricto sentido del término si acudimos a la etimología; se nos acuñan cualidades de perfección, de relevancia y valor para ejercerlas y practicarlas en la universidad, una institución que proporciona conocimientos especializados en cada rama del saber.

Por lo tanto, debemos hacer gala de nuestro objetivo, de nuestro compromiso con la sociedad. Una sociedad que espera mucho de nosotros.

Las noticias se hacen eco del apoyo necesario e imprescindible a dos colectivos medulares: el sanitario y el docente.

Por eso conviene no dejarse embaucar por cantos de sirenas que escupen humo. «Si no puedes convencer, confunde» parece que nos inoculan desde algunas instituciones políticas...pero eso para otro momento, para otro foro. Hay que templar la arritmia de voces broncas.

Unidad, equipo, comprensión en nuestra esfera particular y en nuestro trabajo.

El mundo está viviendo unos momentos de zozobra que nos hacen tambalear; debemos confiar y transmitir confianza.

Trabajo en equipo a pesar de la «soledad» que marca ponerse frente a la pantalla y adivinar que nos están viendo.

Conviene, pues, hacer de la necesidad una virtud para ser capaces de crear un espacio de encuentro, una ocasión de compartir experiencias académicas, personales y de nuestro propio país.

En todo caso, unas experiencias vitales que nos permiten conocer la medida de resistencia del ser humano, la capacidad para su adaptación y aprender, siempre aprender.

Me consta que la Universidad Pontificia Comillas ha servido de ejemplo a otras instituciones a la hora de percibir y hacer frente a la pandemia en España. Hemos sabido

buscar nuestras fortalezas y detectar nuestras debilidades, de esta manera pudimos explorar las oportunidades futuras y, sobre la base de las posibilidades descubiertas, ordenar las iniciativas y acciones proyectadas para lograr los objetivos educativos, profesionales y personales.

Nos armamos de tesón ante la complejidad de las características del tiempo en que estamos, ante la gran parte de los desafíos que íbamos y vamos a afrontar.

Estamos inmersos en una transformación de gran magnitud, una puesta a prueba de nuestras propias posibilidades, pues nos debemos medir con el tiempo, con su rapidez, con la velocidad inmediata, diría yo.

La disrupción que se avecinaba para engullirnos se iba a manifestar con tanta intensidad y tanta crudeza que decidimos hacer realidad el dicho de «obras son amores que no buenas razones» y nos hemos constituido en ejemplo y epítome para nuestros estudiantes: han de ver que somos conscientes del reto de formarlos y educarlos en lo académico y en lo humano.

Ahora cobra cabal sentido ser para estar y estar para ser.

Ser profesor, profesar, es toda una confesión para estar en primera línea de manera positiva y realista con nuestros discentes. Estar con ellos, acompañarlos en su viaje para ser modelo de superación, de cintura y resiliencia.

Y no caben las medias tintas: arrojo y decisión, sobreponerse y avanzar de manera creativa, reinventarse...

Innovar y no tener miedo: trastear, indagar y navegar por los intersticios de las redes, por los vericuetos de la tecnología para dar respuesta,

dar el callo y seguir permanentemente conectados como el catéter al flujo sanguíneo. Hemos meditado y reflexionado; lo estamos haciendo ahora mismo. Hemos actuado y estamos actuando desde la convicción de que no puede darse el bien propio sin el bien común.

En mi trance personal he visto compasión de mis próximos, del equipo médico que me ha cuidado; esa misma compasión es la que necesitamos como profesionales; ser conscientes del sufrimiento y la penuria de los más débiles e intentar remediarlo y aliviarlo.

No les negaré las lágrimas derramadas de dolor e impotencia, de incertidumbre, la pena que he sentido por el confinamiento que sufríamos como ciudadanos asolados por la COVID-19.

Es el momento, ha llegado desde hace unos meses, de demostrar liderazgo, excelencia en la educación, convicción férrea de nuestras acciones. Nuestro cerebro sigue convulsionando, reactivando sus neuronas que nos permiten dibujar un panorama algo más templado y sólido.

Conviene prepararnos desde la ilusión como profesores para elevar el ánimo y no sucumbir a la torrencera del pesimismo. Trabajar con orgullo en nuestra labor cooperativa. Somos conscientes de que nuestro trabajo presencial o en remoto no termina en el aula. Continuamos investigando, publicando, participando en Congresos, seminarios y coloquios que tejen una encrucijada de responsabilidades, un hermanamiento de intereses más allá de la distancia. Todas y cada una de las áreas de conocimiento se han incorporado a esta dinámica innovadora, nos ha alentado el estímulo e incentivo de lealtad a los valores que nos caracterizan.

No podemos cejar en nuestro empeño de formarnos continuamente, de subir al tren que marcan estos nuevos tiempos, asimilar los cambios y aceptar las modificaciones como el agua a la superficie.

Lo artrósico del pasado se diluye y favorece el descubrimiento para poner al servicio de los demás nuestra esencia: nos gusta ser profesores, lo hemos tomado como una vocación, pura inspiración que marca nuestra forma de vida.

Abandonar lo caduco, la antigualla, vencer a la quimera mitológica con objetivos bienintencionados: activar para reconstruir, lograr que la médula reconozca unas células optimistas y capaces de encarar el futuro con un nuevo espíritu.

Hemos de superar, por tanto, el individualismo y así conseguir la alteridad.

El silencio que se oye tras el cristal, los sonidos que se difuminan tras las mascarillas, el alejamiento físico del otro y el miedo que se palpa hemos de convertirlos en sentimientos profundos de apoyo y sinceridad con trabajo cabal y solvente sin espejismos asimétricos desde la solidaridad del aplauso y el «resistiremos» tan coreado, convertido en himno de supervivientes.

Se abren expectativas, proyectos, ideas, planes...que entre todos vamos a intentar dar forma y figura, materializarlos para que el embrión académico y personal que hemos emprendido hace unos días tenga un desarrollo y robustecimiento efectivos.

Comienza un camino compartido entre todos nosotros; un itinerario conjunto, que a veces llegaremos a franquear y en el que

otras nos estrellaremos, recordando términos cortazarianos.

Para terminar, una pregunta: ¿en cuántas ocasiones nos hemos planteado nuestra misión, la razón de levantarnos a diario para cumplir con nuestra actividad docente?

Una labor de laboratorio, casi cocida a fuego lento a lo largo de meses y años de estudio, de privaciones, de infortunios, de alegrías, sobresaltos y premios, claro que sí.

No conviene ahora recordar las incomprendiones que cercan nuestro trabajo, estoy segura de que compensan las satisfacciones, qué duda cabe.

Nuestra misión ha sido y es instruir, enseñar... Y en el nuevo y próximo horizonte también va a seguir siendo así, pero nos vemos en la necesidad y en la obligación de contemplar aditamentos, de añadir unos accesorios esenciales; por lo tanto, además de conocer los propios contenidos de cada una de nuestras materias y áreas, hemos de responder a los recovecos que nos depara la tecnología: «hacemos lo que sabemos y aprendemos lo que no sabemos», escuché el otro día en una noticia televisiva acerca de la tarea que desempeñamos los profesores.

En definitiva, riesgos y retos que nos han llevado a salir de nuestra zona de acomodo, de un confort fácil y exitoso.

El futuro próximo pasa por la formación en un cableado valiente, consiste en pertrecharse de una armadura que nos facilite protección y seguridad.

Y estoy hablando no solo de logística y recursos técnicos, sino también de renovación de métodos, de cambios didácticos.

Todo ello en aras de anticiparnos y adelantarnos a las posibles incidencias e inconvenientes que se produzcan en nuestro trabajo y en la sociedad.

Nuestros alumnos pertenecen a diferentes contextos socioeconómicos y culturales, y a todos ellos les hemos de dar formación; de ahí que la improvisación en el instante no valga, o no funcione del todo: hay que meditar y sopesar la reacción, la respuesta.

A eso me refiero cuando hablo de contar con mucho más que los circuitos y redes de recursos materiales a nuestra disposición; soy consciente de que muchas veces los profesores, las profesoras somos hombres y mujeres orquesta, multi task, lo sé.

Y ante la desesperación, mantengamos la calma. Difícil. Ante la carencia, la imaginación. Cierto. Ante la necesidad, la empatía.

Los resultados son más eficaces y sanitizadores no solo para nuestra propia salud mental e intelectual sino también para la de nuestros alumnos.

Es tentador cruzarse de brazos cuando no encontramos apoyo, pero no va en nuestro ADN docente, no viene marcado eso de pararnos y detener nuestro andar.

A partir de ahora, insisto, nuestra percepción se ve asistida por la comunicación mutua, el intercambio y la interacción humana: lo cognitivo y lo sensitivo. No nos vale la poltrona ni el enrocamiento, sino el tesón y la constancia:

los grandes logros no se han cimentado en un único día, sabemos que llevan su tiempo.

Remedando la intralectura de Julio Cortázar, hoy va de viajes...y el verdadero viaje del descubrimiento no consiste en *explorar nuevos territorios sino en explorar con nuevos ojos, hacerlo desde una situación o perspectivas distintas.*

Acabo: no debemos esperar a que llegue la musa, provocarla, convocarla con nuestro esfuerzo. Motivación y automotivación para avanzar.

Todos nosotros trabajamos al servicio de los demás, de quienes confían en nuestro buen hacer, juntos seguiremos el sendero a veces proceloso, pero siempre gratificante de la comunicación académica.

Compartir y persistir: esta es la esencia de la vida.

Desde aquí, desde Madrid, muchas gracias por abrirnos su ventana al futuro en compañía, por permitir que juntos traspasemos el umbral que nos dirige al nuevo horizonte.

CORRESPONDENCIA

Pilar Úcar Ventura
pucar@comillas.edu

Fecha de recepción: 19-10-2020.
Fecha de aceptación: 11-01-2021.

Conflicto de interés: ninguno, según la autora.
Financiamiento: por la autora.